

LA REPRESENTACIÓN DE LOS CÁNIDOS EN TEOTIHUACAN

Nadia Giral Sancho

Instituto Nacional de Bellas Artes

El estudio de los cánidos en la iconografía teotihuacana es fuente primaria para adentrarse en el conocimiento de una cultura cuyas bases se sustentaban en la religión – ritualismo y ceremonialismo-, que abarcaba todas sus actividades, desde las cotidianas hasta las de índole política, social, económica, cultural y militar.

Huelga decir, que las figuras zoomorfas que aparecen en las diversas manifestaciones artísticas (pintura mural, cerámica y lítica) no hay que interpretarlas por su representación puramente formal, sino por su simbología, es decir por lo que significaban, en el contexto de una sociedad donde se confundían lo mítico y lo real, y donde los pobladores y sus deidades formaban un sistema único, un organismo unitario abocado a salvaguardar su peculiar visión del mundo, en el centro de la cual se encontraban las guerras como un concepto de regeneración cósmica, de retardación del fin del mundo. Es en este contexto donde los cánidos asumen una función simbólica específica dentro de las actividades de la sociedad teotihuacana (guerra, religión, creación, mitología, etc.).

A modo de aclaración señalamos que para penetrar en el universo de los cánidos teotihuacanos disponemos de dos vías: la iconográfica, que describe y analiza las imágenes relacionadas con el tema artístico, y la arqueozoológica, vinculada con el estudio del animal a través de la investigación de los restos óseos que de ellos perduran. Por demás está subrayar que la representación de los referidos cánidos en la pintura mural, la cerámica y la lítica de Teotihuacan siempre es simbólica, lo que significa que va más allá de la presencia de los animales en sí, ya que en el terreno artístico están representando conceptos, nociones abstractas vinculadas con las funciones estatales, militares, religiosas y mitológicas de la sociedad en cuestión.

En las sociedades antiguas los animales tenían una relación muy estrecha con lo divino, lo que los posicionó en un lugar importante dentro de los mitos y el arte y los convirtió en símbolos que formaban parte de las ideas fundamentales de un pensamiento y de una religión. En el caso particular de Teotihuacan el cánido era un símbolo de la guerra, de sacrificios y de la creación. (Giral, 2007: 61)

El tema de la simbología de los cánidos en Teotihuacan, e incluso en Mesoamérica, es controversial y polémico, no sólo porque es difícil reconocer en la imagen los caracteres biológicos que debieron ponerse para asociar a una determinada especie con símbolos específicos, sino porque según la tradición imperante, desde hace más de un siglo, entre los eminentes arqueólogos, antropólogos e historiadores mexicanos y extranjeros, los cánidos representados en el arte eran siempre coyotes. Ni siquiera la distinción entre lobo y coyote fue planteada; pareciera que el lobo estuviera ausente. Sin embargo las investigaciones hechas, en el campo de la arqueozoología, por Raúl Valadez, han corroborado la presencia de lobos en Teotihuacan. (Valadez 2007: 95-106)

Representaciones zoomorfas de los perros

Un número considerable de figuras huecas moldeadas y modeladas constituyen las representaciones de caninos en la cerámica y lítica, que simulan diversas actitudes y expresiones. En los animales se realizan formas perfectas y bellos contornos. De ellos emana un inconfundible aliento vital; formas plenas y rotundas revisten aspectos dóciles y amables como corresponde al amigo del hombre o al que convive con él. A veces aparecen fieros y agresivos. Los hay gordos, chaparros, de patas cortas, hocico afilado, ojos saltones o alargados, piel gruesa y arrugada y sin pelo. En su figura cobran vida los matices expresivos más variados. Se encuentran en posición erecta, la cabeza alzada o recta, parados en sus cuatro extremidades, estirados o con el vientre colgante y la cola erguida; su actitud es la del que espera el momento en que será llamado. También se encuentran echados, con el cuerpo enroscado y acurrucado, de manera que en ocasiones el hocico roza la punta de la cola. Algunos presentan orejas muy grandes extendidas hacia arriba o escurridas hacia abajo. Otros enseñan los dientes, pero en lugar de mostrarse gruñones, esbozan, casi una sonrisa; otros más entreabren el hocico como si estuvieran aullando. Llaman la atención los que, a pesar de su gordura característica, tienen marcados los huesos del espinazo y de las costillas. Es oportuno señalar que muchas de las piezas no están completas, pues la mayoría sólo conservan la cabeza y el cuello, lo que dificulta aún más su estudio y su interpretación.

Con el fin de identificar las razas de perros que se representan en estas piezas, se han dividido en dos grandes grupos, conforme a las características comunes que presentan que, a su vez, se subdividen en otros grupos:

Grupo A. Reúne los perros completos o con la mayor parte de su cuerpo. Son de estilo muy realista, la mayoría se apoyan en sus cuatro patas. Algunos están de pie y otros con el cuerpo acostado y acurrucados el hocico cerrado y en otras, abierto. En la mayoría de los casos su dentadura está completa y pareja, aunque a veces sólo aparecen los caninos. La cola, casi siempre corta, se muestra a veces levantada, curvada y en otras ocasiones formando la vertedera tubular. Algunos presentan marcas de arrugas en su rostro. La mayor parte de las piezas de este grupo tienen un gran parecido con los famosos “perros de Colima”.

En cuanto a la identificación de razas es difícil precisar debido a la diversidad de formas y estilos de las piezas y por el hecho de que son pocos los casos en que éstas aparecen completas. A pesar de esas dificultades, nos arriesgaríamos a identificar a la figura 1 con el *xoloitzcuintle*, por la forma en cómo están representadas y por sus características físicas: gordura, patas de tamaño natural, grandes orejas hacia arriba, arrugas en el rostro; aparecen acostados y acurrucados; y muestran una actitud dócil y sonriente (Fig 1). En cuanto a otras dos piezas que están de pie, no presentan ninguna marca en su rostro, los ojos son redondos en ambas piezas; las orejas apuntan hacia arriba, aunque en una de ellas aparecen cortadas, mientras que en otra son grandes; están levantadas hacia la parte de arriba y terminan haciendo una especie de curvatura hacia el frente. En una de estas figuras se denotan rasgos de gordura, mientras que en la otra el cuerpo es delgado. Otra diferencia importante se advierte en las piernas: de tamaño normal en una y en forma de rueda en la otra, lo que hace suponer que esta pieza era un juguete. Otro elemento de distinción es que una de ellas tiene el hocico cerrado y la otra entreabierto, por lo que sólo se alcanza a ver su lengua que la saca hacia fuera, señal de contento y de ser un animal dócil al hombre. Pareciera como si estuviera esperando las caricias de su amo.

Por los datos que nos proporcionan estas dos últimas piezas no se puede inferir de qué raza de perro se trata, pues aunque hay rasgos comunes con el *xoloitzcuintle*, de hecho aquí están presentes las características de las tres razas de perros. Por tanto debe concluirse que son simplemente representaciones de perros dóciles y sonrientes.

Otra pieza completa e interesante es la que tiene sus orejas grandes, inclinadas hacia abajo; la nariz grande y abultada cuya parte más protuberante es la inferior. Los ojos son redondos y sumidos, y sus patas, cortas con respecto al resto del cuerpo; la cola es pequeña y está partida. También se distingue por una especie de banda enrollada en el cuello, similar a los collares que les ponen a los perros para que no se escapen y para

saber cuál es su dueño. El animal muestra una actitud dócil y de movimiento, pues la pata delantera y la trasera del lado derecho están ligeramente echadas hacia delante con respecto a las otras dos patas del lado izquierdo. Aunque sería aventurado afirmar que se trata de un *tlachichi*, por el simple hecho de que sus patas sean cortas, en realidad no hay suficientes elementos para asegurar a que raza pertenece.

Un ejemplo peculiar es la pieza, que a diferencia del resto del corpus, sujeta con sus dos patas delanteras un plato hondo. Las orejas no son tan grandes como en los otros casos, están paradas y pegadas como si tratara de escuchar algo. El hocico lo tiene entreabierto y se alcanzan a ver los dientes de enfrente. La expresión es la de un animal pacífico y sonriente. Aunque la parte de atrás está cortada a la mitad, la incluimos en este grupo por cuanto está más entera que las figuras del Grupo B. Tampoco contamos con los elementos suficientes como para detectar qué raza de perro se quiso representar en esta pieza. De ahí que se siga con la postura adoptada de que únicamente se representó a un perro tranquilo y sonriente.

Grupo B. Reúne a los perros que no están completos, los que sólo conservan la cabeza y parte del cuello (Fig. 2). Estos a su vez pueden subdividirse en varios grupos:

- a) Los de orejas grandes y paradas.
- b) Aquellos que tienen las orejas echadas hacia abajo.
- c) Los que presentan marcas de arrugas en su cara.
- d) Aquellos que tienen el hocico abierto y muestran sus dientes.
- e) Los que están de perfil o de frente
- f) Los que tienen los ojos redondos o rasgados.

Con esta división en subgrupos se puede deducir -como sugerencia o hipótesis- que los que presentan marcas o arrugas en el rostro, su dentadura incompleta, así como las orejas grandes y paradas se refieren al *xoloitzcuintle*, mientras que los que tienen las orejas echadas hacia abajo y su dentadura completa representan al perro común, *itzcuintle*. Además, como dato curioso y por mera coincidencia, todos los rostros de perros expresan una sonrisa, algunos más pronunciada que otros.

Asimismo contamos con algunos ejemplos de representación de caninos en la pintura mural teotihuacana como el que aparece en el pórtico 25a de Tetitla, explorados por Laurette Séjourné (1963-1964). Raúl Valadez al referirse a esta pieza señala que por sus “pequeños dientes y piel lisa abren la posibilidad de que se trate de un perro pelón, lo cual de ser cierto, indicaría que en esta época ya existían *xoloitzcuintlis*, aunque sin duda en muy bajo número.” (Valadez, 1992: 269)

Durante los trabajos del “Proyecto La Ventilla 1992-1994” se localizó en el Sector 4, al norte de la unidad de servicios de la Plaza de los Jaguares, un conjunto arquitectónico con restos importantes de pintura mural, las cuales se ubican en dos espacios distintos, a los que se llamó Cuarto sur y Cuarto norte, respectivamente. Es de nuestro interés particular el Cuarto norte –porque aquí aparece la representación de una figura, excepcional en la iconografía teotihuacana. Se trata de una cabeza zoomorfa, en color verde cuyos rasgos están delineados en rojo oscuro; hasta la fecha no hay identificación biológica de este animal, pero por las características que representa esta figura (hocico alargado, forma de cabeza, ojos ovalados, las orejas y las arrugas en el rostro) nos inclinamos a suponer que se trata de un xoloitzcuintle.

Dentro de esta misma composición aparecen acompañando a este canino, conchas y caracoles de los que surgen, a veces, figuras humanas o animales acuáticos, que por sus características -hocico alargado y entreabierto que permite ver los dientes; orejas pequeñas y cola corta- inferimos que se trata de un canino.

Subrayamos el siguiente hecho, que no deja de ser curioso: hasta la fecha no se han encontrado restos óseos del xoloitzcuintle, correspondientes a la época teotihuacana. Su más temprana evidencia en el Altiplano se encuentra en Tula. Pero Valadez supone que estos animales fueron traídos a esta ciudad de otras partes, puesto que se hallaron sus restos junto a los de otros animales que no eran de la región. El hecho de que el animal aparezca en la cerámica y en la pintura mural teotihuacanas, posiblemente se deba a la actividad comercial que existía a la sazón entre los distintos pueblos mesoamericanos, como es el caso de los perros de Colima (Cultura del Occidente). La figuras de cerámica 1 muestran un gran parecido con los famosos perros de Colima. Sin embargo, en cuanto a su aparición en la pintura mural, bien podría tratarse de una representación del perro como guía y acompañante del hombre en su viaje al *Mictlan* o una representación del dios *Xolotl*, hermano gemelo de *Quetzalcoatl*, quien lo acompañó en el viaje al “inframundo”.

Representaciones zoomorfas y antropomorfas teotihuacanas del cánido silvestre

Antes de identificar a los cánidos silvestres que aparecen en la iconografía teotihuacana, nos vemos obligados a hacer ciertas aclaraciones relacionadas con la semejanza que existe entre coyotes y lobos, misma que hace difícil la distinción entre ellos.

La dificultad para distinguirlos arranca del hecho mismo de que en la época prehispánica sólo existió una especie de cada tipo de cánido: *Canis latrans* (coyote) y *Canis lupus* (lobo). (Comunicación personal con Raúl Valadez, agosto del 2006)

La otra aclaración, de la que hablaremos más adelante reside en que los cánidos silvestres representados en las obras artísticas han sido considerados, tradicionalmente, como coyotes por el conjunto de especialistas en el tema, que ni siquiera se plantearon el problema de la distinción entre uno y otro.

En los tres pórticos del Patio Blanco de Atetelco se conserva una rica y exuberante iconografía en la que sobresalen figuras de un cánido silvestre en un contexto de guerra y sacrificio. Se las identifica por el pelo que las cubre, representado por pequeñas rayas ordenadas en delgadas franjas. En los taludes del Pórtico 1 los cánidos entran y salen del templo (Fig. 3), y en el Pórtico 2 (Templo Este) aparecen acompañados de jaguares reticulados (Fig. 4). En los taludes frontales el cánido silvestre va a la cabeza, es decir, es el primero en entrar al templo, mientras que en los taludes laterales es el jaguar el primero que sale al exterior, a la luz de afuera.

No debe extrañarnos la aparición de los jaguares acompañando a los cánidos silvestres, pues como bien apunta Seler ambos animales están emparentados. Aunque no aclara en qué consiste ese parentesco, suponemos que se refiere a que ambos poseen cualidades similares, como son la fuerza y la destreza. Por otro lado, ambos son considerados seres nocturnos, vinculados al mundo de abajo –el inframundo- y sabido es que la guerra como actividad pertenece al lado oscuro del cosmos. De ahí se infiere que tanto el coyote como el jaguar pudieran ser representantes de la guerra. Esto vendría a confirmar la idea de Seler, y de otros autores, acerca de la existencia de una orden de guerreros de lo que ellos denominan “guerreros coyotes”. En cuanto al simbolismo de la representación conjunta de cánidos y jaguares en el Pórtico 2 o Templo Este del Patio Blanco de Atetelco, y por la posición en la que éstas se encuentran, puede deducirse de que el cánido tiene la primacía sobre el jaguar en lo que se refiere a su relación con la divinidad y en el acto mismo ritual, por cuanto es el primero en entrar al templo para entregar el corazón sangrante.

No obstante, es precisa una aclaración: existe una diferencia entre los cánidos del Pórtico 1 y del Pórtico 2. A los del Pórtico 2 les sale del hocico una figura trilobulada con tres gotas, que para algunos estudiosos, como Laurette Séjourné, representa el corazón sangrante, lo que indica la sangre del sacrificio, es decir el significado ritual (Fig. 4). Los del Pórtico 1 tienen en medio de su torso un círculo con tres bandas

diagonales, alternadas en dos tonos de rojo, que Rubén Cabrera interpreta como un escudo o *chimalli*, (Cabrera, 1995: 204) mientras que para Agustín Villagra este círculo es un rasgo distintivo de los coyotes (Villagra, 1956-1957: T. XIV, 9) hasta el grado de que los lingüistas, caso éste el de Molina, traducen la palabra nahuatl *coyotl* como agujero o cosa agujerada, en alusión a la habilidad de estos animales para hacer hoyos en el suelo.

También en los tableros del Pórtico 1 (Fig. 3) se observan figuras antropomorfas con cabezas de cánido silvestre, encuadradas en una especie de red de anchas franjas; tal vez, se trate de lo que posteriormente los mexicas llamaron “caballeros coyotes”, pues su atuendo es el de un típico guerrero, decorado con elementos flamígeros, simbólicos y plumas. Además con una mano empuña un atado de dardos y con la otra sujeta un propulsor de dardos. Las franjas diagonales están limitadas por delgadas líneas y cubiertas por pequeñas rayas que imitan o simulan el pelo del cánido y sobre las cuales alternan figuras simbólicas: dos volutas alargadas que se han identificado como símbolo de fuego y una especie de borla con dos espigas parecida al *malinalli* o zacate de carbonero, según Jorge Angulo. (Cabrera, 1995: 206) Pero es de nuestro interés particular el hecho de que en el cruce de cada franja de la red se aprecia un medallón circular decorado con una sucesión de placas rectangulares, superpuestas una sobre otra, alrededor de un disco de cuyo centro sale la cabeza de un cánido con el hocico abierto y la lengua hacia fuera; se alcanzan a ver sus dientes.

En los marcos que rodean los taludes y en los tableros de ambos pórticos hay elementos vinculados con la guerra y el sacrificio, tales como escudos, cuchillos de obsidiana, patas desmembradas de cánidos silvestres, y rostros de Tlaloc B –divinidad asociada con la guerra- (Giral, 2003: 70). Como nota aclaratoria la denominación de “Tlaloc B” es de Esther Esther Pasztory y su identificación en Atetelco es mía.

A su vez, en la sección norte de Atetelco, la excavada por Séjourné, hallaron, también en los murales, una serie de escudos o *chimallis*, cuchillos de obsidiana, y representaciones de guerreros cánidos silvestres y cánidos sobre un pedestal, elementos que nos llevan a suponer que el animal constituía un símbolo de poder, un instrumento de dominación.

También hay representaciones de este animal en los murales de la Colección Wagner. En uno de ellos, dos cánidos silvestres de perfil con la cabeza de frente, tratan de agarrar a otro animal, mucho más débil que ellos. Esta escena violenta podría

asociarse con el sacrificio o con las cualidades agresivas y destructoras del propio animal.

También se han encontrado representaciones de estos animales en la cerámica. En el vaso trípode que halló Séjourné, aparece un personaje antropomorfo con cabeza de cánido. Lleva un tocado de plumas, similar al de las figuras representadas en el Pórtico 1 y 2 del Patio Blanco de Atetelco. Su atuendo se asemeja mucho al de los presuntos caballeros coyotes de los recuadros de los Tableros del Pórtico 1 o Templo Sur del Patio Blanco de Atetelco. Por lo que suponemos que también está representando aquí a un guerrero.

En una vasija de cerámica, modelada en forma de vaso trípode con soportes prismáticos rectangulares, aparece también la cabeza de este animal con el hocico abierto y las patas delanteras, con sus respectivas garras, una en la parte inferior y otra enfrente (Fig. 5). Sólo se aprecia una parte mínima de lo que es su tocado, formado por medios círculos del que salen plumas que se extienden hacia arriba. En la parte superior del vaso o arriba de la cabeza del cánido silvestre hay una figura trilobulada de enormes dimensiones que pudiera ser lo que Séjourné consideró el corazón sangrante.

Asimismo en un utensilio cerámico, en forma de sello cilíndrico de planta circular con una espiga cónica colocada como aplicación, se representa en altorrelieve la cabeza de un cánido silvestre de perfil con un tocado de plumas.

Existen otras piezas de cerámica moldeadas y modeladas con representaciones de cánidos silvestres, a juzgar porque el hocico está más alargado que el de un canino, y el rostro expresa agresividad.

Se han encontrado también representaciones de cánidos silvestres en la lítica. Ambas piezas hechas de obsidiana negra presentan el hocico alargado, por lo que no hay dudas de que se trata de cánidos. Se encuentran de pie. Se distingue una pieza de la otra en que una de las figuras tiene la cola y las orejas echadas hacia abajo y porta un tocado, presumiblemente de plumas, mientras que en la otra pieza, lleva el hocico abierto, como si estuviera aullando, las orejas levantadas hacia arriba y en curva en la parte superior hacia el frente, con la cola hacia arriba. Las extremidades o patas delanteras están dobladas como si las posara sobre una roca o algo más elevado del piso, en tanto que las patas traseras aparecen más extendidas y un poco curvadas como si con éstas estuviera cargando todo el peso del cuerpo. Su postura es algo rígida, justamente la que adoptan cuando están aullando.

Lo primero que salta a la vista en las imágenes es su pelo representado con pequeñas rayitas diagonales, y la presencia de un círculo con líneas, también diagonales, en medio de su torso; asimismo destaca un tocado de exuberantes plumas. Eduard Seler da por hecho de que el cánido de los manuscritos pictóricos es un coyote y así lo describe: “un animal con abundante pelaje de color amarillo, café o incluso rojo.” (Seler, 2004: 65) En algunos casos, dice, aparece pintado con grandes manchas redondas, parecidas a las del perro, pero sin el contorno negro de los caninos, pues su contorno es claro (blanco) o amarillo. La cabeza es alargada, de tipo canino, y se le distingue por un campo amarillo alrededor del ojo. Seler observó también que alrededor de los ojos de los coyotes se localiza una zona de color amarillo claro cuyos pelos terminan en puntas blancas, resaltando fuertemente del resto de la cara y del cuello, cuyos pelos acaban en puntas negras.

Aclaremos, que el pelo representado por rayitas diagonales y el tamaño del hocico, que en todos los casos es el mismo, no es suficiente para distinguir entre un coyote y un lobo.

Consideraciones finales

Según la iconografía los teotihuacanos conocían 3 razas de perros: itzcuintle, xoloitzcuintle y tlachichi. Mucho nos ha servido al respecto, la división en dos grandes grupos, conforme a sus características comunes, para identificar a las tres razas de perro, especialmente en la cerámica. Las dificultades que han existido para reconocer la raza, en el caso del Grupo A, se deben a que las piezas por ser completas tienen gran diversidad de formas y estilos, combinándose en ocasiones las tres razas. En cuanto al Grupo B, el de las piezas incompletas, pudimos identificar, sin embargo, dos razas: el *xoloitzcuintle* y el *itzcuintle*. El primero fue reconocido por las marcas o arrugas en el rostro, su dentadura incompleta y sus orejas grandes y paradas; mientras que el segundo fue identificado por las orejas echadas hacia abajo y su dentadura completa. El rasgo más característico por el que se diferencia del cánido silvestre es su tamaño –hocico y cuerpo- y sobre todo por su expresión de alegría y actitud dócil, como corresponde al gran amigo del hombre, con el que ha convivido desde tiempos remotos. Estas mismas características físicas las encontramos en la pintura mural: el ejemplo más destacado es el de la figura del muro septentrional del Cuarto Norte, (Sector 4 de la Ventilla), todavía no identificado por nadie. Se trata de una cabeza zoomorfa que, según nuestra

apreciación, corresponde al xoloitzcuintle por los caracteres físicos que presenta y que ya hemos descrito.

En el sentido figurado, el perro ocupa un lugar destacado en la cosmovisión de los antiguos mexicanos. Como ser nocturno acompañaba al Mictlan a los que morían de muerte natural, ayudándolos a cruzar el río del inframundo. Representaba también un signo calendárico: día “uno perro” ce itzcuintle, en náhuatl. Los perros eran usados en ceremonias religiosas, quizás en las fúnebres, pero también como alimento, pues era el segundo vertebrado más abundante (se han identificado entre 200 y 240 individuos), sólo superado en número por los conejos.

Como reiteradamente lo señalamos, la verdadera dificultad estriba en encontrar la diferencia entre el lobo y el coyote. Las características con las que se representa este último en la pintura mural y en las figurillas (pelo con rayitas diagonales; un círculo, también con líneas diagonales, en medio del torso y el tamaño del hocico, siempre el mismo) son insuficientes para diferenciarlo del lobo.

El símbolo del cánido silvestre (lobo-coyote) en la mitología cosmogónica de los teotihuacanos, y también de los mesoamericanos, es la guerra relacionada con los sacrificios humanos, y como de la guerra dependía la supervivencia del cosmos, o el fin de su retardación, se considera, en consecuencia, como símbolo de la creación.

Dentro del calendario nahua, el lobo-coyote fue regente de los días cuetzpalin (lagartija), signo que representa el impulso sexual. Resumiendo, su simbología sería guerra-sacrificios, creación y sexualidad.

Por lo aquí expuesto, se colige cuán importante es el valor de la iconografía para el estudio de todos los cánidos en general, tratase de perros o de los cánidos silvestres. Es un documento, una fuente primaria, la historia que se grabó en muros, vasijas y piedras, y cuyo hálito sigue vivo entre las grandiosas ruinas de Teotihuacan.



Figura 1. Vasija de cerámica anaranjado delgado en forma de perro. Museo Amparo. Puebla. Planta Baja. Vitrina 4.6. Pieza 4. Foto tomada por Nadia Giral Sancho, 2005.



Figura 2. Pieza de cerámica que representa a un canino. Ceramoteca de Teotihuacan. Caja 1. Foto tomada por Miguel Morales, 2005.



Figura 3. Procesión de cánidos silvestres. Pórtico 1. Murales 1-4. Patio Blanco. Atetelco, Teotihuacan. Foto tomada por Nadia Giral, 2002.



Figura 4. Procesión de cánidos silvestres y jaguares. Pórtico 2. Taludes. Murales 1-4. Templo Este. Patio Blanco. Atetelco. Teotihuacan. Foto tomada por Nadia Giral, 2002.



Figura 5. Fragmento de un vaso trípode en el que aparece representado un cánido silvestre. Ceramoteca de Teotihuacan. Caja 403. Foto tomada por Miguel Morales, 2005.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUS DE CZITROM, C. (1988), *Los perros de la antigua provincia de colima*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- BERRIN, K, *et al*, editors, (1988) *Feathered Serpents and Flowering trees*, San Francisco, The Fine Arts Museum of San Francisco.
- CABRERA, R, RODRÍGUEZ, I., MORELOS, N G. (1982), *Memoria del proyecto arqueológico Teotihuacan 80-82*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Vol. I., Colección científica
- DE LA FUENTE, B., coordinadora, (1995) *La Pintura Mural Prehispánica en México I. Teotihuacan*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2 t
- GIRAL SANCHO, N. (2003), Tesis para optar por el grado de Licenciada en Historia: *La vida cotidiana de los teotihuacanos en Atetelco a través de su pintura mural*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Historia
- (2007), Tesis para optar por el grado de Maestría en Historia del Arte: *Simbología de los cánidos en Teotihuacan*; México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Postgrado en Historia del Arte
- SELER, E. (1963), *Comentarios al Códice Borgia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2 T.
- (2004) *Las imágenes de Animales en los manuscritos mexicanos y mayas*, Trad. Joachim von Mentz, México, Casa Juan Pablos.
- VALADEZ AZUA, R. (1995), *El perro mexicano*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- (1995) "El perro prehispánico" en *Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, enero- febrero, No. 528-529, p. 15-20
- (2000) "¿Qué es que en las figurillas de perros de Colima?" en *Antropología e historia del occidente de México. XXIV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, Vol. II, p. 779 - 804.
- VALADEZ AZUA, R., RODRIGUEZ GALICIA, B., BLANCO, A (1998) "Restos arqueozoológicos del xoloitzcuintles (1994-1998)" en *AMMVEPE*, México, V.9, N° 6, noviembre-diciembre, p. 181-190

(2007) “El lobo mexicano (*Canis lupus baileyi*) en el contexto cultural prehispánico: las fuentes escritas” en *AMMVEPE*, Vol. 18, No 3, Mayo-Junio p 68-76

(2007), “El lobo mexicano (*Canis lupus baileyi*) en el contexto cultural prehispánico: los restos arqueozoológicos e iconografía” en *AMMVEPE*, Vol. 18, No 4, Julio-Agosto 2007 p 95-106

VALADEZ AZUA, R., MESTRE ARRIJOJA, G. (1999) "Historia del Xoloitzcuintle en México" en *Diario de Campo. Boletín interno de los investigadores del área de Antropología*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, CONACULTA, octubre, N° 16, p. 29-30